

Este texto se pregunta por la comunicación social en relación con una serie de puntos: cuáles son sus aportes a la enseñanza y la investigación, cuán presente o ausente está en las prácticas sociales, cuáles son sus carencias y deudas con respecto a los estudiantes y a la sociedad, cuál es su papel en las universidades y por último, qué aporta la universidad desde lo comunicacional con respecto a sí misma, a los estudiantes, a los hombres y mujeres de prensa y a la sociedad en general.

LA ENSEÑANZA Y EL APRENDIZAJE DE LA COMUNICACIÓN: APORTES Y DEUDAS A LA PROFESIÓN Y A LA SOCIEDAD¹

Estamos en este encuentro entre seres preocupados por la comunicación en la sociedad ante la pregunta por las soluciones inconclusas en la enseñanza universitaria de nuestra especialidad, y por los aportes que deberíamos ofrecer a las mujeres y los hombres de prensa.

Desde mi experiencia de más de 35 años en este campo, desde un incesante contacto con personas como ustedes en distintos países latinoamericanos, quiero decirles que tal pregunta no siempre se formula en nuestros establecimientos educativos, como si ya hubiéramos dado hace tiempo con las respuestas. Por eso escribo estas páginas con todo entusiasmo, porque quienes interrogan de este modo siguen en la búsqueda, desde una disconformidad con lo hecho y vivido que de ninguna manera pretende descalificar experiencias personales e institucionales. Les agradezco a todas y a todos ustedes el haberme permitido ser parte de este encuentro para integrarme a la indagación de aquellos que no se conforman y aspiran siempre a algo más en el rico campo de la comunicación social.

He organizado mi presentación en los siguientes puntos:

1. Quiénes somos y qué hemos aportado a la enseñanza, la investigación y la práctica de la comunicación.
2. Nuestras presencias y ausencias en las prácticas sociales.
3. Nuestras carencias y nuestras deudas a los estudiantes y a la sociedad: un análisis desde el origen en el periodismo, en la teoría de los efectos y en el viejo discurso universitario.
4. El papel de la comunicación social en las universidades.
5. El aporte de la universidad desde lo comunicacional a sí misma, a los estudiantes, a los hombres y mujeres de prensa y a la sociedad en general.

Quiénes somos y qué hemos aportado

Cuando a comienzos de la década del 60 comenzó la fundación de escuelas de comunicación social, sobre la base en muchos casos de los programas y materiales distribuidos por CIESPAL desde el Ecuador, éramos apenas un puñado de establecimientos en la totalidad de los países latinoamericanos. A poco más de 40 años de aquellos inicios, se cuentan más de 500 centros universitarios dedicados a nuestra especialidad y una comunidad de intelectuales como pocas hay en el resto del planeta².

El origen en aquella década no se produjo por alguna casual magia. La región contaba con una sólida tradición periodística que permitió la creación de muchos establecimientos. Fue esa experiencia acumulada y el anhelo de mejoramiento de los hombres y mujeres de prensa la cuna de la comunicación social en América Latina. Y a ello se sumó el apoyo de organismos internacionales, como la UNESCO, que tanto ha hecho y hace para impulsar la comunicación en nuestras sociedades.

Nuestra región ha participado activamente, ya desde los sesenta, en el enriquecimiento internacional de temas como las políticas de comunicación, la comunicación y la educación, la comunicación y el desarrollo, la comunicación y la salud, la comunicación y la paz, la comunicación rural, la comunicación alternativa, la comunicación en las organizaciones, la comunicación y la niñez, la comunicación y la problemática de género, la lectura crítica de mensajes, la planificación y la gestión de la comunicación, la comunicación y el medio ambiente, la cultura mediática, los estudios de recepción, la comunicación y la cultura, la comunicación y la juventud, comunicación y ciudadanía... Podríamos ampliar la enumeración, porque buena parte de las prácticas sociales han sido trabajadas desde nuestra disciplina³.

A esta tarea, que de ninguna manera ha terminado y que año a año se amplía, debemos añadir el esfuerzo de investigación sobre casi todas esas temáticas, con la correspondiente creación de conocimientos que ha dado lugar a publicaciones en revistas de circulación nacional e internacional y a un acervo bibliográfico de enorme valor y originalidad. He repetido una y otra vez en distintos puntos de nuestra región que podemos montar carreras completas de grado y postgrado basadas exclusivamente en la producción intelectual latinoamericana, sin rechazar, por supuesto, lo generado en otros puntos del planeta⁴.

El caudal humano egresado de nuestros establecimientos ha alimentado y alimenta los medios de comunicación social, diferentes organismos del estado y la rica y compleja trama de las organizaciones no gubernamentales. Si bien la cantidad de escuelas y facultades tiene un alumnado que excede en mucho las posibilidades actuales del mercado ocupacional, no podemos negar que buena parte de este último funciona con personas formadas en las universidades. Esto ha significado un salto cualitativo imposible de desconocer, como tampoco desconocemos el valor de la práctica periodística, de la cual, como señalamos, hemos nacido los comunicadores sociales.

La conclusión para este primer apartado de mi presentación:

Somos una realidad, a nadie le tenemos que pedir permiso para existir. En un camino hacia los cincuenta años de construcción de lo comunicacional desde las universidades, hemos logrado una entidad, una existencia, una dignidad disciplinaria, producto de nuestras propuestas teóricas y metodológicas y de nuestro quehacer en distintos ámbitos de las prácticas sociales de Latinoamérica.

Y, sin embargo, retomando la pregunta por las soluciones inconclusas, queda todavía mucho por hacer.

Nuestras presencias y ausencias

¿Hemos cubierto con igual énfasis los puntos detallados más arriba? ¿Han sido atendidas por igual las necesidades y demandas comunicacionales de todo el tejido social? ¿Podemos darnos por satisfechos con la práctica de nuestros egresados a lo largo y a lo ancho de nuestros tan complejos y variados países?

Sin duda no.

Tal cantidad de establecimientos, tantos miles de estudiantes, no nos aseguran mágicamente esa cobertura, simple y sencillamente porque las orientaciones de las diferentes escuelas y facultades dedicadas a nuestra especialidad no abarcan la totalidad del universo. El mayor peso se sigue colocando en la formación para los medios y en salidas afines como publicidad, relaciones públicas y distintas variantes del mercadeo social. Lejos estoy de descalificar nada, hago una constatación imposible de refutar.

A pesar de todo lo avanzado por la comunicación social, el impulso desde la universidad a distintas líneas de igual importancia que las anteriores, no ha sido nunca hecho de modo suficiente. Me refiero a la comunicación y la educación, la comunicación y la salud, la comunicación y el medio ambiente, la comunicación, rural, la comunicación y la problemática de género, la comunicación y la niñez, entre otras posibilidades⁵.

De modo que somos muchos, pero no estamos en todos los sitios donde nos necesitan. El tema de este encuentro, “100 años de periodismo en Panamá”, se orienta a una realidad incontrovertible: la prensa ocupa un lugar fundamental en toda sociedad y a ella nos debemos quienes trabajamos de la universidad para formar a los comunicadores que le puedan ser útiles. Pero nuestra tarea, por demás justificada en ese campo, va más allá para cubrir otras demandas de la comunicación social por parte de la sociedad.

Nos detendremos en la pregunta por los orígenes, para pensar desde ella lo que nos viene sucediendo en la actualidad, en relación con lo que todavía nos queda por hacer.

Un análisis desde nuestros orígenes

No es mi intención hacer un recorrido minucioso de por lo menos una centuria para aclarar el perfil de nuestros establecimientos educativos en el presente. Quiero detenerme en tres verdaderas raíces que nos han marcado profundamente, tanto en el enfoque de la formación de comunicadores como en el modo en que han sido organizadas nuestras escuelas y facultades:

- el periodismo
- la teoría de los efectos
- el discurso universitario

A pesar de largas discusiones entre la teoría y la práctica, la enseñanza universitaria de la comunicación es hija directa del periodismo y necesita siempre del mismo para nutrirse.

Del periodismo heredamos en las aulas la conciencia de la necesidad del trabajo sobre y con la palabra. Este maravilloso instrumento de comunicación fue sostenido por generaciones enteras de seres que comprometieron su discurso a lo largo de décadas en todos los rincones de nuestra América Latina. El cultivo de la palabra, el cuidado de ella tanto desde el estilo como desde su capacidad de nombrar y de profundizar en la realidad, es una tarea para siempre de nuestras escuelas y facultades de comunicación.

Siempre me ha deslumbrado el vuelo de las palabras, que por algo son aladas como las llamaba el viejo Homero. No sólo cuando brotan a borbotones de los labios, sino también del vértigo de los dedos en las viejas rémington o en el teclado de la computadora. Celebramos en este seminario 100 años del cultivo de la palabra escrita. Por las páginas de los diarios del país han pasado generaciones de seres empeñados en decir algo a los demás, desde la información, desde la poesía, desde la ciencia, desde incesantes manifestaciones de la cultura. La escritura ha sido siempre un terco intento de dejar huellas, cada trazo sobre el papel es una pisada de quienes no se contentan con pasar como sombras por la existencia. De huella en huella, uno termina por abrir profundos surcos donde fructifica la siembra.

Supongamos, para tratar de pensar en alguna forma de polifonía, un coro. Distintas voces a lo largo de 100 años, coro centenario. Un juego de la identidad, en la continuación de un oficio de comunicar, y de la necesaria diferencia, en el

entramado de voces a veces unidas, pero a menudo confrontadas en el contrapunto de ideas, pasiones, poderes.

Y en la base de todo, el dignísimo oficio del periodista. No conozco una figura de mayor permanencia en el quehacer cultural que la suya. Podría intentar algunos trazos ideales para delinearla. Pero sería un ejercicio inútil. Los seres protagonistas de ese oficio conformaron sin tregua un mosaico de diferencias. Que nadie sueñe, al recorrer los archivos de tanta creación, con una voz monocorde. El oficio abre el camino a la diferencia artesanal de una pieza a otra, y a la vez a las semejanzas de quienes comparten la historia y practican la palabra escrita⁶.

Del periodismo heredamos el impulso a la vivencia cotidiana de la sociedad. No es posible pensar en una carrera de comunicación de espaldas a ese vértigo de la vida diaria. Enclaustrarnos para tal enseñanza es negar la posibilidad de volcar la mirada y la pasión por aprender y comprender hacia el sentido de la práctica de la comunicación: los otros seres humanos.

Por eso también del periodismo heredamos la necesidad del acercamiento a la gente, del intercambio constante con los demás, con sus palabras, sus miradas, sus variados contextos.

Y, entre tantas otras líneas de reflexión que no desarrollaré aquí, del periodismo heredamos la infinita curiosidad por la trama de las prácticas humanas, porque si algo caracteriza esa maravillosa profesión es la búsqueda en todos los ámbitos del saber y de la cultura.

Una segunda raíz está, como señalé, en la teoría de los efectos. El siglo XX nació signado por ella. Ya hacia 1914 se decía con toda firmeza que la prensa había provocado la primera gran guerra. Esa mira se mantuvo hasta muy entrada la segunda mitad de la centuria pasada. La fueron cimentando la propaganda nazi, que ya era una realidad a comienzos de la década del 30, la publicidad, la creencia en el poder irresistible de la oferta de la cultura mediática, encarnada en la oferta televisiva, la capacidad de seducción, de fascinación de todos los nuevos personajes que fueron naciendo al abrigo del cine y de las pantallas multiplicadas en las viviendas⁷.

Esa creencia en el todopoder de lo mediático no termina de desaparecer. En su momento cimentó una cierta omnipotencia, una especie de soberbia que nos ponía a los comunicadores por encima de todos los mortales, como si nuestra palabra y nuestra imagen fueran irresistibles para cambiar conductas y modos de percibir y pensar la propia realidad. Hasta ahora seguimos recibiendo en nuestras instituciones de enseñanza a jóvenes persuadidos de que su destino está en esa ilusión de poner el propio rostro para que millones de personas lo admiren y beban de él la información y hasta modos de ser y de comportarse.

La teoría de los efectos nos ha hecho más mal que bien. No somos esos seres excepcionales que desde un sitio privilegiado observan la realidad y la comunican

o bien encarnan modos de comportamiento y modelos a imitar por las grandes mayorías. Somos simplemente trabajadores del discurso, testigos de nuestro tiempo, seres empecinados en decir algunos aspectos de los contextos en que se mueven. La teoría de los efectos bien puede convertirse, y de hecho así ha sido, en una pesada herencia para nuestro trabajo cotidiano⁸.

Una tercera raíz está dada por el discurso universitario, con todas sus riquezas y sus carencias. No podemos negar que las escuelas y facultades de comunicación social han heredado mucho de aquél, para bien y para mal. Podría extender la mirada en el tiempo para pensar lo que puede significar para un campo del saber que se viene abriendo paso hace algunas décadas el peso de más de diez siglos de tradición de dicho discurso. No lo haré, pero me detendré en algunos de los puntos criticables de la práctica comunicacional de nuestros establecimientos de educación superior.

En el año 1996 se llamó en la Argentina a categorización de los docentes universitarios. Era necesario presentar los antecedentes en el casillero correspondiente a la propia disciplina: formación, publicaciones, investigaciones, trabajo docente y de extensión, entre otras posibilidades. Fue armada para ello una lista de profesiones, a fin de que cada quien seleccionara la que le correspondía. En la misma, elaborada por rectores de universidades nacionales en las cuales había carreras de nuestra especialidad, no fue colocada la comunicación. Centenares de personas quedamos fuera y no hubo modo de cambiar las cosas, al menos en la primera convocatoria.

Primera herencia del viejo discurso universitario: hay disciplinas existentes y disciplinas inexistentes. La nuestra era una de ellas, habíamos llegado muy tarde al reparto del poder dentro de los claustros, no ocupábamos un lugar en el concierto de las ciencias sociales. Esto todavía no deja de estar presente en muchos puntos de la región donde los estudios de comunicación no han sido legitimados dentro de esos juegos de poder en torno a la primacía en el campo de las ciencias sociales⁹.

La segunda herencia negativa que nos ha dejado el viejo discurso universitario ha sido el peso de la expresión científica (o de la expresión con pretensión científica, en muchos casos) por encima de la expresión dirigida a comunicar, a establecer puentes con los demás. Si la ciencia avanza por despersonalización y por tecnicismos, la comunicación se mueve en otros cauces, con vocación por la palabra y la escucha de los demás. No pretendo descalificar para nada el quehacer científico, pero si bien necesitamos bases para nuestra tarea, a la hora de la práctica, y de la educación para formarse como alguien con capacidad de llegar a los demás, el discurso científico en el trabajo cotidiano en las aulas tiene sus límites.

Nada peor que pretender enseñar comunicación desde una fuerte pobreza comunicacional. Se trata éste de un contrasentido inmenso y muchas veces a

nombre de la ciencia se ha pretendido dejar de lado toda comunicabilidad en el trabajo educativo.

Por otra parte, el viejo discurso universitario sigue empeinado, al menos en nuestros países, en una compartimentación del saber, en una fragmentación que poco y nada tiene que ver con el anhelo de totalidad de la mirada comunicacional. No se avanza en la comprensión del mundo y de los otros desde retazos, casi harapos diríamos, de conocimientos inconexos dados de una clase a la otra, como si nada pudiera unir esa dispersión de informaciones¹⁰.

El viejo discurso universitario descansa sobremanera en la expresión oral, hay instituciones en las cuales casi nadie escribe y si desde los educadores no se modela esa práctica, mal puede exigírsela a los estudiantes.

En fin, este despliegue no agota las viejas y pesadas herencias, los problemas comunicacionales de las universidades, con cátedras, ciclos, carreras, facultades aislados entre ellos, literalmente incomunicados en muchos casos.

¿Son todas negativas las herencias del viejo discurso universitario?

De ninguna manera. Si marcamos esas pesadas huellas, es porque necesitamos ser críticos con nuestro quehacer. Muchas universidades no han cumplido con la tarea de atender las necesidades y demandas comunicacionales de la sociedad porque han quedado enmarañadas en no pocas ocasiones en la trama del viejo discurso universitario, el cual no sabe mucho de comunicación y se empeña en quedarse encerrado en los exangües muros de los claustros.

Además, los establecimientos de educación superior tienen a menudo graves problemas de comunicación interna, con otras instituciones y con la sociedad en general y no aciertan a resolverlos, precisamente por el peso del viejo discurso institucional. Es curiosa, y lamentable, la ausencia en América Latina de carreras destinadas a formar a cabalidad comunicadores universitarios¹¹.

Y sin embargo, a pesar de estas necesarias críticas, el aporte de la universidad a nuestro quehacer ha sido muy importante, tanto en la formación de nuestros estudiantes como en la presencia de la academia en las diferentes líneas de trabajo de nuestra profesión. El que los comunicadores y las comunicadoras constituyamos una presencia notable en el contexto latinoamericano, como indiqué al comienzo, se debe a dos bases que nos siguen sosteniendo en la actualidad: el periodismo y las instituciones universitarias.

Estas últimas han jugado un papel central en la constitución de nuestro campo, aunque todavía quede mucho por hacer. Me refiero a los aportes en el campo de la investigación, a los equipos docentes bien preparados que no pocas instituciones han logrado consolidar, a la construcción incesante de conocimientos expresada en publicaciones periódicas y en libros, a verdaderas escuelas de pensamiento y de práctica que vienen influyendo de modo directo en la profesión.

Las deudas con la profesión y con la sociedad

Sin embargo, los estudios de comunicación desde las universidades tienen todavía fuertes deudas pendientes.

Me detendré en cinco puntos a mí entender fundamentales a la hora de pensar en las soluciones inconclusas de nuestra enseñanza:

- la legitimación de la comunicación social
- la formación de profesionales con capacidad de comunicar
- la formación de profesionales con capacidad de investigar
- la formación de profesionales con vocación y competencias para trabajar en distintas vertientes de la comunicación social: salud, medio ambiente, educación, niñez, juventud...
- la generación de líneas sostenidas, en el tiempo y en la profundización, de capacitación para los periodistas en ejercicio

La legitimación de la comunicación social

El cercano ejemplo que mencioné de universidades empecinadas en no reconocer el valor disciplinar y social de nuestros estudios, no constituye de ningún modo una excepción en el contexto latinoamericano. Dentro de los movimientos de poder de las universidades, todavía andamos pidiendo permiso para existir, como si no hubiéramos aportado casi nada al saber y a la práctica en las últimas décadas.

Esto sucede porque en general se nace como parte de una estructura que aparentemente no cambiará jamás. Se termina por aceptar un sitio preestablecido y se comienza a funcionar dentro de sus límites como si los mismos fueran algo colocado allí para siempre.

Necesitamos un vigoroso esfuerzo de legitimación, tanto por parte de quienes trabajan en escuelas y facultades de la especialidad como de las autoridades de nuestras casas de estudios. La comunicación social tiene mucho que aportar a la universidad desde adentro de ella. Mi queja en relación con la ausencia de orientaciones hacia la formación de comunicadores universitarios no se resuelve pensando en lo que la universidad nos hace, porque tal carencia proviene directamente de la falta de iniciativa de las propias carreras, dedicadas a surcar en general aguas conocidas, sin mayor esfuerzo por aventurar algo nuevo para la institución.

El eje de esa falta de iniciativa se centra en el viejo discurso universitario, que por tradición muy poco quiere saber de comunicación con el estudiante y mucho menos de comunicación dentro de la organización y de ésta con la sociedad.

Cuando se hace un esfuerzo de volcar todo el potencial de nuestros estudios a la propia institución, los resultados son apasionantes, como pudimos apreciarlo en el autodiagnóstico comunicacional que realizó la Universidad “José Simeón Cañas” de El Salvador, en 1999, autodiagnóstico para todos los ámbitos del establecimiento, coordinado por personal de la carrera de comunicación. Añado a esto que allí se vivió un intenso proceso de legitimación, ya que dichos estudios nacieron en 1991¹².

Estamos ante una conjunción de la voluntad política de quienes conducen una casa de estudios y, de modo fundamental, de la iniciativa de los integrantes de la carrera.

Es cierto que nos venimos legitimando a través de los cauces previstos por el mundo universitario (publicaciones, investigaciones, congresos, egresados...), pero ellos no son suficientes. Una presencia de lo comunicacional en los espacios de la educación superior constituye siempre una bocanada de aire puro, un aliento de democratización que tenemos la obligación de protagonizar.

La formación de profesionales con capacidad de comunicar

Colocar como segunda deuda a saldar de manera prioritaria nada menos que la formación para comunicar, parece un contrasentido, cuando no una suerte de burla. ¿Acaso no hemos venido haciendo esto desde hace más de 40 años? ¿No están a la vista los cursos de redacción periodística, las técnicas de la entrevista, las lingüísticas, las semióticas, los análisis del discurso...?

Reconozcamos que sí están, pero reconozcamos también que en muchos establecimientos de la región hemos, de alguna manera, fracasado en nuestros esfuerzos por lograr comunicadores con capacidad de comunicar.

Pero... ¿afirma usted que nuestros estudiantes no saben escribir? No, no digo eso. Afirmino que muchos de nuestros estudiantes no egresan con una riqueza expresiva que les permita apasionarse por lo que van comunicando, que les haga posible llegar a cualquier tipo de público sin andarse chocando con las palabras, que les provoque un goce a la hora de armar sus propuestas discursivas, sea en el terreno de la práctica social que sea.

No se trata sólo de escribir correctamente (algo en lo cual, de todas maneras, hay problemas), sino de ser uno con el lenguaje, de sentirse un ser de comunicación, de mirar la propia actividad, el mundo, cada página escrita, cada producto audiovisual, con una mirada comunicacional.

Esta deuda con la construcción de alguien como comunicador en toda la extensión del término proviene, según mi experiencia, directamente del viejo discurso universitario, del hecho de impulsar la expresión en la primera hora de clase y de hacerla caer a ras del suelo, humillarla, en la siguiente. Proviene del terrible problema que significa enseñar comunicación desde una pobreza comunicacional, proviene de no reconocer que en todas las materias de una carrera como la nuestra, se enseña y se aprende siempre desde y con la comunicación.

Y en esto es vital la construcción de los educadores como comunicadores. Mal puedo pretender que quienes vienen a mí a aprender, desarrollen su capacidad de escritura si yo no escribo. Es muy difícil enseñar lo que no se ha aprendido a hacer. La escritura no consiste en unas pocas reglas de ortografía y sintaxis, sino en una construcción intelectual, en una generación de obra que lleva años. Si bien reconocemos la presencia de estos creadores entre nuestros docentes de comunicación, reconocemos también que ellos siguen siendo una minoría y en muchos establecimientos una excepción¹³.

La formación de profesionales con capacidad de investigar

Idénticas preguntas del apartado anterior: ¿acaso no insistimos en la investigación?, ¿no están ahí nuestras asignaturas dedicadas a explicar los paradigmas cuantitativo y cualitativo?, ¿no avanzamos de manera constante en los estudios culturales y de recepción?

Ninguna intención tengo de negar todo lo hecho y lo producido. Pero el problema se centra en el hecho de que la investigación está casi siempre relegada a una porción mínima de toda una carrera. Están las materias de investigación, y alguna otra en la cual se interroga cierto aspecto de la realidad, pero no encontramos propuestas curriculares en las cuales se pida un esfuerzo de pregunta y de indagación en todas y cada una de las asignaturas. Seguimos todavía en muchos de nuestros establecimientos con una distribución indiscriminada de certezas y no con un trabajo sostenido sobre preguntas y problemas. Si en cuatro o cinco años de carrera son dedicados a investigar el equivalente a uno o medio semestre, mal puede aspirarse a desarrollar una actitud investigativa para toda la vida profesional.

Otro problema está dado por nuestros docentes investigadores. En muchos establecimientos, la condena a trabajar por horas, sin tiempo para la reflexión y la indagación, hace que la creación de conocimientos se

limite en demasía, con lo que los estudiantes terminan por formarse junto a educadores que se limitan a repetir lo encontrado en los textos y, más recientemente, en Internet.

Vocación y competencias para distintas vertientes de la comunicación social

He aludido a lo largo de esta exposición a temas como salud, medio ambiente, niñez, medio rural, educación, juventud, género, ciudadanía, paz..., entre otros de igual importancia. Constatamos en toda la región latinoamericana experiencias muy significativas en dirección a ellos, pero que siempre cuentan como excepciones. Las escuelas y facultades de comunicación no forman en general para cubrir esos ámbitos de extrema necesidad y demanda social.

Ahora bien, ¿de cara a qué se nutren los programas de estudios? ¿Si no abrevan en esas fuentes, dónde lo hacen? En los medios de comunicación, en la publicidad, en las relaciones públicas, en el marketing, en la cultura política... Sí, en gran medida de todo esto, que no constituye para nada un espacio pequeño.

Pero, desde nuestra experiencia y desde una búsqueda de años en otras direcciones, consideramos que estas últimas opciones no son suficientes. Cuando hablamos de comunicación social desde las universidades, lo hacemos con vocación por toda la cultura y las prácticas sociales y en este sentido las necesidades y demandas comunicacionales exceden las fuentes mencionadas en el párrafo anterior.

Hay que ofrecer a la comunidad personas preparadas para moverse con madurez comunicacional en distintos escenarios, no sólo para aspirar a ser alguien a través de la pantalla. Y en esa preparación entran la capacidad de realizar diagnósticos comunicacionales, de reconocer y trabajar sobre problemas comunicacionales, de planificar, de producir, de dialogar e impulsar la participación de distintos sectores de la población¹⁴.

Líneas sostenidas de capacitación para periodistas en ejercicio

Hemos indicado que el impulso a la comunicación social nació en gran medida de la base construida por el periodismo en América Latina y de la iniciativa de distintas organizaciones de colegas que llevaron a la fundación de carreras de nuestra especialidad. Nuestra deuda desde las universidades con el periodismo es para siempre, tanto en el sentido de preparar buenos profesionales como en el de ofrecer alternativas de educación permanente a quienes se desempeñan en los diferentes medios.

La conciencia de esto último está clara en todas partes y ha aparecido una y otra vez en este encuentro. Pero lo que no termina de cristalizar es la

continuidad de la oferta, ya que en general presenciamos buenas iniciativas aisladas, no corrientes ininterrumpidas de oportunidades de capacitación y actualización.

Volvemos otra vez al peso del viejo discurso universitario. Las escuelas y facultades de comunicación, nacidas para apoyar la profesión periodística y a la vez para abrirse a otros ámbitos del quehacer comunicacional en la sociedad, a menudo terminan encerradas en una lógica muy especial, que consiste en quedarse en un juego educativo intramuros, intraclaustro, sin salidas claras hacia una realidad de la cual pueden obtener todo su sentido.

Dedicar parte del quehacer de la carrera a un diálogo, a una interacción y a un interaprendizaje continuos con la profesión periodística, no significa una dádiva o una pérdida de tiempo, sino una obligación institucional.

Por eso son tan importantes, para llevar adelante tareas tan ambiciosas, las alianzas entre carreras, medios de comunicación, gremios, agencias internacionales como la UNESCO, organizaciones no gubernamentales, el propio estado, entre otros actores sociales de igual importancia.

Un campo en constante construcción

En esta presentación he querido detenerme en cuestiones que a mi entender son fundamentales para subsanar ausencias, para trabajar sobre esas deudas a la profesión y a la sociedad. He dejado sin tratar multitud de temas, como por ejemplo todo lo relativo a las tecnologías de la información y de la comunicación. Mis opciones han estado motivadas por búsquedas y experiencias en el contexto latinoamericano. He visto y vivido lo suficiente como para comprobar que tales opciones se fundan en necesidades y demandas no satisfechas por las carreras universitarias, aun cuando hay muchos intentos y muchas buenas experiencias.

Necesitamos profesionales capaces de comunicar bien, de investigar, de moverse con igual madurez comunicacional en distintos escenarios sociales. Y necesitamos un esfuerzo de legitimación de nuestros estudios y una proyección clara hacia la práctica periodística.

No tengo ningún interés en juzgar a nadie con las afirmaciones vertidas en estas páginas. Mi reflexión busca construir, no destruir y mucho menos señalar. Si reconozco ausencias y carencias, es porque pienso que contamos con la suficiente calidad humana, el suficiente desarrollo teórico y metodológico y el suficiente vigor intelectual y profesional como para superarlas.

De modo que toda mi argumentación se centra en un ejercicio de confianza, en un reconocimiento de lo que hemos sido, somos y podemos ser en este maravilloso

campo de la comunicación social, que no deja de crecer y de desafiarnos con inéditas transformaciones y exigencias.

Daniel Prieto Castillo
Mendoza, mayo de 2003

¹ Esta conferencia está dedicada a la memoria de mi querido amigo panameño Daniel de León.

² Buena parte de los establecimientos de nuestra especialidad están nucleados en la Federación Latinoamericana de Escuelas y Facultades de Comunicación, FELAFACS, fundada a comienzos de los 80.

³ He trabajado estos temas en mi libro *Comunicación, universidad y desarrollo*, La Plata, PLANGESCO, 1999.

⁴ De la amplia cantidad de medios existentes en la región, menciono las revistas *Chasqui*, de CIESPAL; *Diálogos*, de FELAFACS, y *Signo y Pensamiento*, de la Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

⁵ Durante años, a partir de los 60, estos campos quedaban en manos de gente bien intencionada dedicada a cubrir lo que las universidades no cubrían. Luego se fue abriendo la conciencia de la necesidad de generar teoría, metodologías y propuestas para la práctica. Los reclamos vinieron desde la propia sociedad, desde las organizaciones no gubernamentales, desde agencias internacionales y también desde sectores del estado.

⁶ He tratado de reflejar esto en mi libro *La pasión por el discurso, cartas a estudiantes de comunicación*, México, Ed. Coyoacán, 1994.

⁷ La teoría de los efectos ancla sus orígenes en un verdadero terror a las multitudes, desarrollado en los últimos años del siglo XIX y expresado en textos como el de Gustavo Le Bon, *Psicología de las multitudes*. Muchos estereotipos fraguados en esos años terminaron por aflorar con fuerza en argumentos como los de la Escuela de Frankfurt.

⁸ Los estudios culturales, las teorías de la recepción, las búsquedas en el seno de la vida cotidiana a través de investigaciones, han matizado mucho los alcances de la teoría de los efectos, pero la misma todavía tiene presencia en el imaginario de no pocos comunicadores y estudiantes de comunicación.

⁹ Sobre la práctica del poder en el ámbito de la universidad pueden consultarse los textos del argentino Augusto Pérez Lindo.

¹⁰ Con Francisco Gutiérrez Pérez venimos trabajando desde fines de los 80 en una línea denominada *mediación pedagógica*, dirigida a repensar la práctica de los docentes en general y de quienes se dedican a la comunicación en particular. Esto está plasmado en nuestro libro *La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa*, Buenos Aires, Ed. Ciccus-La Crujía, 1999.

¹¹ En 1973 iniciamos en Mendoza, Argentina, una orientación hacia la comunicación universitaria, dentro de la Escuela de Comunicación Social. El proyecto fue truncado por el golpe militar de 1976. Desde entonces, en más de 25 años, poco y nada se ha hecho en dirección a la formación de especialistas en ese fundamental ámbito de las instituciones universitarias.

¹² Me enorgullezco de haber participado en el equipo que elaboró el primer plan de estudios de esa carrera y de haber sido llamado por la universidad para coordinar el autodiagnóstico comunicacional.

¹³ “Los educadores son una especial clase de intelectuales condenados a menudo a enseñar sin haberse construido a través de la escritura y sin haber producido obra intelectual”. Pronuncié estas palabras hace tres semanas en Quito, en un encuentro sobre la lectura y la escritura. Producir obra intelectual escrita significa construirse como intelectual y, por ende, significa la posibilidad de contar con más recursos para promover y acompañar el aprendizaje.

¹⁴ Me tocó colaborar, desde 1995 a 1991 en una rica experiencia orientada en esa dirección: la Maestría en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales, de la Facultad de Comunicación y Periodismo de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina.